



La tía Daniela se enamoró como se enamoran siempre las mujeres inteligentes: como una idiota. Lo había visto llegar una mañana, caminando con los hombros erguidos sobre un paso sereno y había pensado: “Este hombre se cree Dios”. Pero al rato de oírlo decir historias sobre mundos desconocidos y pasiones extrañas, se enamoró de él y de sus brazos como si desde niña no hablara latín, no supiera lógica, ni hubiera sorprendido a media ciudad copiando los juegos de Góngora y Sor Juana como quien responde a una canción en el recreo.

Era tan sabia que ningún hombre quería meterse con ella, por más que tuviera los ojos de miel y una boca brillante, por más que su cuerpo acariciara la imaginación despertando las ganas de mirarlo desnudo, por más que fuera hermosa como la virgen del Rosario. Daba temor quererla porque algo había en su inteligencia que sugería siempre un desprecio por el sexo opuesto y sus confusiones.

Pero aquel hombre que no sabía nada de ella y sus libros, se le acercó como a cualquiera. Entonces la tía Daniela lo dotó de una inteligencia deslumbrante, una virtud de ángel y un talento de artista. Su cabeza lo miró de tantos modos que en doce días creyó conocer a cien hombres.

Lo quiso convencida de que Dios puede andar entre mortales, entregada hasta las uñas a los deseos y las ocurrencias de un tipo que nunca llegó para quedarse y jamás entendió uno solo de todos los poemas que Daniela quiso leerle para explicar su amor.

Un día, así como había llegado, se fue sin despedir siquiera. Y no hubo entonces en la redonda inteligencia de la tía Daniela un solo atisbo de entender qué había pasado.

Hipnotizada por un dolor sin nombre ni destino se volvió la más tonta de las tontas. Perderlo fue una larga pena como el insomnio, una vejez de siglos, el infierno.

Por unos días de luz, por un indicio, por los ojos de hierro y súplica que le prestó una noche, la tía Daniela enterró las ganas de estar viva y fue perdiendo el brillo de la piel, la fuerza de las piernas, la intensidad de la frente y las entrañas.

Se quedó casi ciega en tres meses, una joroba le creció en la espalda, y algo le sucedió a su termostato que a pesar de andar hasta en el rayo del sol con abrigo y calcetines, tiritaba de frío como si viviera en el centro mismo del invierno. La sacaban al aire como a un canario. Cerca le ponían fruta y galletas para que picoteara, pero su

madre se llevaba las cosas intactas mientras ella seguía muda a pesar de los esfuerzos que todo el mundo hacía por distraerla.

Al principio la invitaban a la calle para ver si mirando las palomas o viendo ir y venir a la gente, algo de ella volvía a dar muestras de apego a la vida. Trataron todo. Su madre se la llevó de viaje a España y la hizo entrar y salir de todos los tablados sevillanos sin obtener de ella más que una lágrima la noche que el cantador estuvo alegre. A la mañana siguiente le puso un telegrama a su marido diciendo: “Empieza a mejorar, ha llorado un segundo”. Se había vuelto un árbol seco, iba para donde la llevaran y en cuanto podía se dejaba caer en la cama como si hubiera trabajado veinticuatro horas recogiendo algodón. Por fin las fuerzas no le alcanzaron más que para echarse en una silla y decirle a su madre: “Te lo ruego, vámonos a casa”.

Cuando volvieron, la tía Daniela apenas podía caminar y desde entonces no quiso levantarse. Tampoco quería bañarse, ni peinarse, ni hacer pipí. Una mañana no pudo siquiera abrir los ojos.

-¡Está muerta! – oyó decir a su alrededor y no encontró las fuerzas para negarlo.

Alguien le sugirió a su madre que ese comportamiento era un chantaje, un modo de vengarse en los otros, una pose de niña consentida que si de repente perdiera la tranquilidad de la casa y la comida segura, se las arreglaría para mejorar de un día para el otro. Su madre hizo el esfuerzo de abandonarla en el quicio de la puerta de la Catedral.

La dejaron ahí una noche con la esperanza de verla regresar al día siguiente, hambrienta y furiosa, como había sido alguna vez. A la tercera noche la recogieron de la puerta de la Catedral con pulmonía y la llevaron al hospital entre lágrimas de toda la familia.

Ahí fue a visitarla su amiga Elidé, una joven de piel brillante que hablaba sin tregua y que decía saber las curas del mal de amores. Pidió que la dejaran hacerse cargo del alma y del estómago de aquella náufrega. Era una creatura alegre y ávida. La oyeron opinar. Según ella el error en el tratamiento de su inteligente amiga estaba en los consejos de que olvidara. Olvidar era un asunto imposible. Lo que había que hacer era encauzarle los recuerdos, para que no la mataran, para que la obligaran a seguir viva.

Los padres oyeron hablar a la muchacha con la misma indiferencia que ya les provocaba cualquier intento de curar a su hija. Daban por hecho que no serviría de nada y sin embargo lo autorizaban como si no hubieran perdido la esperanza que ya habían perdido.

Las pusieron a dormir en el mismo cuarto. Siempre que alguien pasaba frente a la puerta oía a la incansable voz de Elidé hablando del asunto con la misma obstinación con que un médico vigila a un moribundo. No se callaba. No le daba tregua. Un día y otro, una semana y otra.

-¿Cómo dices que eran sus manos? – preguntaba. Si la tía Daniela no le contestaba, Elidé volvía por otro lado.

-¿Tenía los ojos verdes? ¿Cafés? ¿Grandes?

-Chicos – le contestó la tía Daniela hablando por primera vez en treinta días.

-¿Chicos y turbios?- preguntó la tía Elidé.

– Chicos y fieros – contestó la tía Daniela y volvió a callarse otro mes.

– Seguro que era Leo. Así son los de Leo – decía su amiga sacando un libro de horóscopos para leerle. Decía todos los horrores que pueden caber en un Leo. – De remate, son mentirosos. Pero no tienes que dejarte, tú eres de Tauro. Son fuertes las mujeres de Tauro.

– Mentiras sí que dijo – le contestó Daniela una tarde.

-¿Cuáles? No se te vayan a olvidar. Porque el mundo no es tan grande como para que no demos con él, y entonces le vas a recordar sus palabras. Una por una, las que oíste y las que te hizo decir.

-No quiero humillarme.

-El humillado va a ser él. Si no todo es tan fácil como sembrar palabras y largarse.

-Me iluminaron -defendió la tía Daniela.

– Se te nota iluminada – decía su amiga cuando llegaban a puntos así.

Al tercer mes de hablar y hablar la hizo comer como Dios manda. Ni siquiera se dio cuenta cómo fue. La llevó a una caminata por el jardín. Cargaba una cesta con fruta, queso, pan, mantequilla y té. Extendió un mantel sobre el pasto, sacó las cosas y siguió hablando mientras empezaba a comer sin ofrecerle.

– Le gustaban las uvas – dijo la enferma.

– Entiendo que lo extrañes.

Sí – dijo la enferma acercándose un racimo de uvas -. Besaba regio. Y tenía suave la piel de los hombros y la cintura.

-¿Cómo tenía? Ya sabes – dijo la amiga como si supiera siempre lo que la torturaba.

– No te lo voy a decir – contestó riéndose por primera vez en meses. Luego comió queso y té, pan y mantequilla.

– ¿Rico? – le preguntó Elidé.

– Sí – le contestó la enferma empezando a ser ella.

Una noche bajaron a cenar. La tía Daniela con un vestido nuevo y el pelo brillante y limpio, libre por fin de la trenza polvorosa que no se había peinado en mucho tiempo.

Veinte días después ella y su amiga habían repasado los recuerdos de arriba para abajo hasta convertirlos en trivias. Todo lo que había tratado de olvidar la tía Daniela forzándose a no pensarlo, se le volvió indigno de recuerdo después de repetirlo muchas veces. Castigó su buen juicio oyéndose contar una tras otra las ciento veinte mil tonterías que la había hecho feliz y desgraciada.

– Ya no quiero ni vengarme – le dijo una mañana a Elidé -. Estoy aburridísima del tema.

– ¿Cómo? No te pongas inteligente – dijo Elidé-. Éste ha sido todo el tiempo un asunto de razón menguada. ¿Lo vas convertir en algo lúcido? No lo eches a perder. Nos falta lo mejor. Nos falta buscar al hombre en Europa y África, en Sudamérica y la India, nos falta encontrarlo y hacer un escándalo que justifique nuestros viajes. Nos falta conocer la galería Pitti, ver Florencia, enamorarnos en Venecia, echar una moneda en la fuente de Trevi. ¿Nos vamos a perseguir a ese hombre que te enamoró como a una imbécil y luego se fue?

Habían planeado viajar por el mundo en busca del culpable y eso de que la venganza ya no fuera trascendente en la cura de su amiga tenía devastada a Elidé. Iban a perderse la India y Marruecos, Bolivia y el Congo, Viena y sobre todo Italia. Nunca pensó que podría convertirla en un ser racional después de haberla visto paralizada y casi loca hacía cuatro meses.

– Tenemos que ir a buscarlo. No te vuelvas inteligente antes de tiempo – le decía.

– Llegó ayer – le contestó la tía Daniela un mediodía.

– ¿Cómo sabes?

– Lo vi. Tocó en el balcón como antes.

– ¿Y qué sentiste?

– Nada.

-¿Y qué te dijo?

– Todo.

– ¿Y qué le contestaste?

– Cerré.

–¿Y ahora? – preguntó la terapeuta.

– Ahora sí nos vamos a Italia: los ausentes siempre se equivocan.

Y se fueron a Italia por la voz del Dante: “Piovverà dentro a l’alta fantasía.”

Cuando un hombre que está vivo te hace llorar, hay que dejarlo. Sólo se llora por los amantes muertos.

Clara Obligado

“La tía Daniela” forma parte de Mujeres de ojos grandes, publicado por Ángeles Mastretta en 1990, un libro que se convirtió casi de inmediato en un fenómeno editorial inusual: fue un éxito masivo y al mismo tiempo un texto tomado en serio por la crítica. Las tías de Mastretta no son figuras decorativas: son mujeres que se permiten desear, equivocarse y recuperarse, en una tradición literaria que raramente les había dado ese espacio. “La tía Daniela” es quizás el cuento más preciso del libro porque no celebra ni condena: simplemente muestra cómo se sale de un amor que destruye, y la respuesta no es el olvido sino el agotamiento del recuerdo.

El derrumbe: cuando la inteligencia no alcanza para el amor

El cuento comienza con una paradoja que Mastretta enuncia con precisión irónica: la tía Daniela se enamoró como se enamoran siempre las mujeres inteligentes, como una idiota. Esa frase no es condena ni burla. Es el reconocimiento de que la inteligencia no es una vacuna contra el deseo, y que el amor no obedece a la razón aunque la razón lo observe con perfecta claridad desde afuera.

Daniela es extraordinaria: habla latín, conoce la lógica, imita a Góngora y Sor Juana como si respondiera a una canción. Su inteligencia ha sido, paradójicamente, su mayor aislamiento. El hombre que llega no sabe nada de todo eso, y esa ignorancia es la que lo vuelve posible: no la teme. Daniela lo inviste de todo lo que él no tiene. En doce días cree conocer a cien hombres. Y cuando él se va sin despedirse siquiera, no queda ni un atisbo de entender qué pasó.

El desmoronamiento que sigue tiene la precisión de un diagnóstico clínico. La ceguera, la joroba, el frío que no cede aunque el sol brille. El cuerpo de Daniela registra la pérdida con una literalidad que no tiene nada de metafórico: es el cuerpo diciéndole al mundo que algo esencial se ha roto. La familia hace lo que puede: viajes, médicos, abandonarla en el umbral de la catedral con la esperanza de que el hambre la obligue a volver. Nada funciona porque ninguna de esas estrategias toca el problema real. El problema no es que Daniela esté triste. Es que ha perdido el hilo con que se contaba quién era.

Elidé y el método: la narración como medicina

“Elidé no cura a Daniela dándole respuestas: la cura obligándola a hacer preguntas, a repetir, a desgastar el recuerdo hasta que ya no corte.”

La llegada de Elidé es la llegada de alguien que entiende algo que la medicina y la familia no han entendido: que olvidar es un asunto imposible, y que intentar olvidar solo profundiza la herida. Lo que Elidé propone es lo contrario: recordar. Recordar sin parar, recordar en voz alta, recordar con alguien que escuche y devuelva preguntas. Hacer del recuerdo una práctica colectiva en lugar de un tormento solitario.

El método no tiene nombre clínico en el cuento, pero tiene una lógica que la psicología contemporánea reconocería: la exposición sostenida al material doloroso, en un entorno seguro y con acompañamiento, reduce

gradualmente la carga emocional del recuerdo. No porque el recuerdo desaparezca sino porque pierde su capacidad de sorprender y herir. Se vuelve familiar. Se vuelve, finalmente, aburrido.

Lo que hace extraordinaria a Elidé como personaje es que no ejerce esa terapia desde una posición de superioridad ni de compasión distante. Habla sin tregua, pregunta, insiste, pero también participa: se indigna, planea venganzas, imagina viajes. Está dentro del proceso, no observándolo desde afuera. Y hay en esa disposición algo que las instituciones raramente ofrecen: tiempo. Elidé le da a Daniela el tiempo que el proceso requiere, sin impaciencia, sin metas predefinidas. Un día y otro, una semana y otra.

La identidad que se pierde y se recupera: Ricoeur en el jardín

“Daniela no perdió un amor: perdió el hilo con que se contaba a sí misma. Y Elidé le devuelve ese hilo no dándoselo sino ayudándola a tejelo de nuevo.”

Paul Ricoeur propuso que la identidad personal es fundamentalmente narrativa: nos constituimos como sujetos a través del relato que hacemos de nosotros mismos y de lo que nos ocurre. Cuando ese relato se interrumpe de forma abrupta, cuando algo destruye la continuidad de la historia que nos contamos, la identidad se desestabiliza.

Daniela, antes del amor, tenía un relato claro de sí misma: era inteligente, excepcional, distante. Ese relato era limitante pero coherente. El amor lo rompió porque le mostró algo que ese relato excluía: la posibilidad de necesitar a alguien, de ser vulnerable, de querer sin garantías. Cuando el hombre se fue, Daniela no solo perdió a la persona: perdió la versión de sí misma que ese amor había revelado. Y no podía volver a la versión anterior porque ya sabía que era incompleta.

La cura de Elidé, vista desde Ricoeur, es una reconstrucción narrativa. Cada vez que Daniela cuenta un detalle del hombre que amó —sus ojos chicos y fieros, sus mentiras, sus manos— está reintegrando ese material a una historia que puede sostener. Al final, cuando dice que está aburridísima del tema, ha completado esa integración: el episodio ya tiene su lugar, ya no desestabiliza el resto.

La escena del jardín donde Elidé extiende el mantel y saca la fruta sin ofrecerla es el momento donde esa reconstrucción se vuelve física. Daniela come, habla, se acerca a las uvas. El cuerpo vuelve a participar en la vida porque la narrativa ha vuelto a conectarlo con el presente. La identidad no se recupera de golpe: se recupera gesto a gesto, palabra a palabra, bocado a bocado. Cuando bajan a cenar con un vestido nuevo y el pelo brillante, no es vanidad lo que describe Mastretta: es la evidencia de que Daniela ha vuelto a existir para los demás, y eso significa que ha vuelto a existir para sí misma.

El agotamiento como cura: cuando el recuerdo se vuelve trívica

“El olvido no cura el desamor: lo hace el agotamiento. Elidé lo sabe porque ha entendido que lo que destruye no es el recuerdo sino su capacidad de sorprender.”

El cuento es explícito sobre el mecanismo de la cura: todo lo que Daniela había tratado de olvidar forzándose a no pensarlo, se le volvió indigno de recuerdo después de repetirlo muchas veces. La repetición no profundiza el dolor: lo gasta. Cada vez que se cuenta una historia, algo de su carga emocional se transfiere al acto de contarla. Cuando la historia ha sido contada suficientes veces, ya no queda carga suficiente para seguir destruyendo.

Hay una paradoja hermosa en el desenlace: Elidé, que ha pasado meses curando a su amiga, queda devastada cuando Daniela dice que ya no quiere vengarse. Había planeado viajes y escándalos internacionales. La venganza era el motor que sostenía el plan. Y Daniela, al sanarse, la deja sin motor. Pero Daniela lo resuelve con elegancia: los viajes siguen, solo cambia el pretexto. La amistad no necesita la tragedia para justificarse. Puede sostenerse en el placer y en las ganas de ver el mundo juntas.

Y entonces el hombre vuelve. Toca en el balcón como antes. Y Daniela siente nada. Cierra. Ese cierre no es frialdad ni venganza: es la evidencia de que el proceso se ha completado. El hombre que una vez destruyó su identidad ya no tiene poder sobre ella porque Daniela ha reconstruido esa identidad con materiales más sólidos.

La cita del Dante con que termina el cuento —Pioverrà dentro a l'alta fantasia— no es decoración literaria: es la imagen más exacta de lo que ocurrió. No el olvido sino la transformación. El dolor que parecía solo destructivo se convirtió en material para algo nuevo.

Lo que Mastretta guarda en las tías: el deseo femenino como derecho

“Las tías de Mastretta no piden permiso para desear ni para sufrir ni para recuperarse: simplemente lo hacen, y en eso reside su radicalidad.”

“La tía Daniela” es un cuento sobre el amor, pero también es un cuento sobre la amistad, sobre el cuerpo, sobre la identidad y sobre el derecho de las mujeres a ocupar el espacio completo de su experiencia emocional. Mastretta no moraliza. No dice que Daniela se equivocó al enamorarse, ni que debería haber sabido. Solo muestra lo que ocurrió y cómo se salió de ello, con la misma neutralidad con que un buen escritor muestra cualquier cosa verdadera.

Las tías de Mujeres de ojos grandes son figuras que la literatura latinoamericana raramente había construido con esa libertad: mujeres que desean con intensidad, que se equivocan con consecuencias reales, que se recuperan con dignidad. No son víctimas ni heroínas. Son sujetos completos cuya vida interior merece la misma atención que la de cualquier personaje masculino de la tradición. Esa apuesta tiene una dimensión política que el cuento no subraya pero que está en cada frase: en el México de 1990, publicar un libro sobre el deseo femenino sin vergüenza y sin castigo era un gesto de afirmación cultural que iba más allá de la literatura.

Trabajo cotidiano

Instrucciones: Lea cuidadosamente cada pregunta y marque con una **X** la opción correcta. Cada pregunta tiene **una única respuesta correcta**.

1. ¿Cuál situación evidencia explícitamente que Daniela poseía una inteligencia destacada antes de enamorarse?

- A) Era capaz de comprender fácilmente las emociones de los demás.
- B) Hablaba latín, conocía la lógica y conocía la obra de Góngora y Sor Juana.
- C) Había viajado por diferentes países antes de conocer al hombre.

2. ¿Qué puede inferirse del hecho de que Daniela idealizara al hombre después de conocerlo durante pocos días?

- A) Daniela construyó una imagen de él basada más en sus propias expectativas que en un conocimiento profundo.
- B) El hombre había demostrado tener conocimientos superiores a los de Daniela.
- C) Daniela había investigado cuidadosamente la vida del hombre antes de enamorarse.

3. ¿Qué hecho demuestra explícitamente que la familia intentó ayudar a Daniela a recuperar su interés por la vida?

- A) La familia decidió ignorar completamente su comportamiento.
- B) La familia la obligó a escribir poemas sobre el amor.
- C) Su madre la llevó de viaje a España y la hizo asistir a espectáculos sevillanos.

4. ¿Qué se puede inferir de la actitud de los padres cuando permiten que Elidé se encargue de Daniela, aunque creen que probablemente no funcionará?

- A) Consideran que Elidé tiene conocimientos médicos especializados.
- B) Aunque han perdido la esperanza, todavía están dispuestos a intentar otra posibilidad.
- C) Desean que Elidé convenza a Daniela de olvidar definitivamente al hombre.

5. ¿Cuál es la idea explícita que sostiene el método utilizado por Elidé?

- A) Daniela debe olvidar completamente al hombre para poder recuperarse.
- B) Daniela debe encontrar rápidamente otro amor que sustituya al anterior.
- C) Daniela debe hablar y recordar repetidamente la experiencia hasta disminuir su carga emocional.

6. ¿Qué permite inferir la transformación de Daniela después de comenzar a comer, conversar y salir al jardín?

- A) Su recuperación ocurre progresivamente al volver a relacionarse con la vida cotidiana.
- B) Daniela comprende que nunca estuvo realmente enamorada.
- C) La familia finalmente logra convencerla de abandonar sus recuerdos.

7. Cuando Daniela afirma que ya está “aburridísima del tema”, ¿qué significa principalmente esta expresión dentro del desarrollo del cuento?

- A) Que está molesta porque Elidé continúa hablando de sus problemas.
- B) Que el recuerdo ha perdido gran parte del poder emocional que tenía sobre ella.
- C) Que ha decidido vengarse personalmente del hombre.

8. ¿Qué puede inferirse del hecho de que el hombre regrese y Daniela responda cerrando el balcón?

- A) Daniela todavía espera que él regrese algún día.
- B) Daniela pretende provocar celos en el hombre.
- C) Daniela ya no depende emocionalmente de él y puede tomar una decisión propia.

9. ¿Cuál relación entre causa y consecuencia aparece explícitamente en el texto?

- A) Daniela intenta olvidar al hombre y esto hace que el recuerdo pierda inmediatamente toda importancia.
- B) Elidé obliga a Daniela a recordar y repetir la experiencia hasta que esta deja de dominarla emocionalmente.
- C) El viaje a España permite que Daniela encuentre un nuevo amor y abandone el anterior.

10. ¿Qué idea implícita puede deducirse de la manera en que termina la historia?

- A) La recuperación de Daniela consiste en reconstruir su vida sin necesidad de negar que alguna vez amó.
- B) Daniela considera que todos los hombres son incapaces de amar sinceramente.
- C) Elidé logra que Daniela olvide por completo lo sucedido.

II. Preguntas de desarrollo

Instrucciones: Responda de manera amplia, clara y fundamentada. Utilice situaciones concretas del texto para justificar sus respuestas.

1. **Analice cómo la inteligencia de Daniela contrasta con su comportamiento durante el enamoramiento.** Explique qué revela esta contradicción sobre la relación entre razón, deseo y emociones en el cuento.

2. **Explique la función que cumple Elidé en la recuperación de Daniela.** Analice por qué su estrategia de hacerla recordar constantemente resulta diferente de los intentos realizados anteriormente por la familia.

3. **Analice la transformación de Daniela desde el momento en que el hombre se marcha hasta el final del cuento.** Explique al menos **tres cambios** físicos, emocionales o conductuales que evidencien esta transformación.

4. **Explique el significado de la frase “los ausentes siempre se equivocan” en el desenlace del cuento.** Relacione esta expresión con la decisión de Daniela de cerrar el balcón cuando el hombre regresa.

5. **Analice la importancia del recuerdo como elemento fundamental para la recuperación de Daniela.** Explique por qué, según el texto, intentar olvidar no constituye la solución y cómo la repetición modifica la relación de Daniela con su pasado.

6. **Interprete la siguiente afirmación presente en el texto: “Daniela no perdió un amor: perdió el hilo con que se contaba a sí misma”.** Explique qué significa esta idea y cómo se evidencia en el comportamiento de Daniela antes y después de su recuperación.

A continuación, tienes **15 preguntas de análisis literario**, basadas en “**La tía Daniela**” de **Ángeles Mastretta**

1. Personaje principal

Analice la evolución de **Daniela** desde el inicio hasta el final del cuento. ¿Qué cambios experimenta en su manera de comprenderse a sí misma?

2. Caracterización

Explique cómo se construye la personalidad de Daniela a partir de elementos como su **inteligencia, sensibilidad, vulnerabilidad y capacidad de recuperación**. Fundamente con situaciones del texto.

3. Personaje secundario

Analice la importancia de **Elidé** dentro de la historia. ¿Por qué puede considerarse un personaje fundamental para el desarrollo y transformación de Daniela?

4. Conflicto

¿Cuál es el **conflicto principal** del cuento? Explique cómo este conflicto afecta no solamente las emociones de Daniela, sino también su comportamiento y su relación con la vida.

5. Tema

Analice cómo se desarrolla el tema del **amor y el desamor** en el cuento. ¿Qué visión del enamoramiento presenta la autora?

6. Tema secundario

Explique la importancia de la **amistad** como elemento de recuperación. ¿Qué características de la relación entre Daniela y Elidé permiten que esta amistad tenga un papel determinante?

7. Espacio

Analice la función del **espacio** en el desarrollo de la historia. Considere lugares como la casa, el hospital, el jardín y el balcón. ¿Cómo se relacionan estos espacios con las diferentes etapas de Daniela?

8. Tiempo

Explique cómo el paso del **tiempo** contribuye a mostrar la transformación de Daniela. ¿Por qué su recuperación no ocurre de manera inmediata?

9. Narrador

Determine qué tipo de **narrador** predomina en el cuento y explique cómo su perspectiva influye en la forma en que el lector conoce los pensamientos, emociones y transformaciones de Daniela.

10. Recursos literarios

Analice el significado de la comparación presente al inicio: “**la tía Daniela se enamoró [...] como una idiota**”. ¿Qué efecto produce esta expresión en la caracterización del personaje y en el tono del relato?

11. Simbolismo

Interprete el significado de las transformaciones físicas que experimenta Daniela —la pérdida de visión, la joroba, el frío y la debilidad—. ¿Cómo pueden relacionarse estos elementos con su estado emocional dentro de la narración?

12. Contraste

Analice el contraste entre la **Daniela inteligente del inicio** y la mujer que queda completamente afectada después de la partida del hombre. ¿Qué intención literaria puede tener este contraste?

13. El recuerdo

Explique el papel del **recuerdo** en la estructura y significado del cuento. ¿Por qué Elidé considera que Daniela no debe intentar olvidar lo ocurrido, sino hablar repetidamente sobre ello?

14. Desenlace

Analice el significado del momento en que el hombre regresa y Daniela simplemente responde “**Nada**” cuando Elidé le pregunta qué sintió. ¿Por qué este momento puede interpretarse como evidencia de su transformación?

15. Interpretación global

Analice la afirmación: “**El olvido no cura el desamor: lo hace el agotamiento.**” Explique cómo esta idea resume el proceso vivido por Daniela y cómo se relaciona con el desenlace del cuento.

Rúbrica para preguntas de análisis literario

Criterio	Avanzado 3 puntos	Intermedio 2 puntos	Inicial 1 punto	Sin respuesta 0 puntos
Comprensión de la obra	Demuestra una comprensión profunda de la situación, personajes, acontecimientos o elementos literarios analizados.	Demuestra una comprensión general, aunque presenta alguna imprecisión.	Presenta una comprensión limitada o confusa del texto.	No responde o la respuesta no demuestra comprensión de la obra.
Análisis e interpretación	Analiza e interpreta de manera profunda el elemento solicitado y establece relaciones pertinentes con el significado de la obra.	Presenta un análisis adecuado, pero poco desarrollado o superficial.	Se limita principalmente a describir hechos sin desarrollar un análisis.	No realiza análisis.
Fundamentación textual	Sustenta sus ideas con situaciones, acciones, personajes o elementos concretos del cuento y los relaciona correctamente con su interpretación.	Utiliza algún elemento del texto como apoyo, aunque la relación con la respuesta podría ser más clara.	Menciona elementos del texto de manera general, sin explicar su relación con la respuesta.	No utiliza elementos del texto.
Argumentación	Expone ideas claras, coherentes y bien relacionadas; desarrolla una explicación lógica y suficiente.	Expone ideas comprensibles, aunque algunas requieren mayor desarrollo o conexión.	Presenta ideas aisladas, poco claras o con escasa explicación.	La respuesta carece de argumentación.

Nombre _____ Sección _____